

¡Oh, hermoso mundo!

■ Sergio Galindo

Era de noche ¿Quieres que te lo cuente otra vez? La luz de un foco lejano llegaba muy débil hasta el lugar en que Adán veía las barras negras *Este era un gato con los pies de trapo*. Después notó los ruidos: sólo ruidos. En el ángulo derecho cercano a la entrada, un excusadoapestaba a desinfectante. *Y los ojos al revés*. El suelo era gris. Se ennegrecía acercándose a las paredes y se aclaraba al pie de las barras. ¿Quieres que te lo cuente otra vez? Estoy... La luz filtrándose por la reja, iluminando el blanco del excusado. No sé. Soy como de piedra, *con los ojos* fijos en lo que me rodea. Las losas frías, el frío penetrándole por cada poro. Lejanas, ininteligibles, muchas voces. Escuchó cerca de él una queja. Minutos blancos. Sentía dolor. Un dolor sin sitio le hacía recobrar su cuerpo *y los ojos al revés*. El recuerdo de un río negro, visto desde un puente en Pittsburgh: vio caer un objeto en las aguas; la superficie se movió pesadamente, se hizo una onda otra otra. Estoy soñando. Los quejidos más fuertes, más cercanos. Dio un grito. ¡Yo demando!... (¿qué puede el ser humano?) Allí, de donde venía la luz, unos pasos, un bulto. Sin rostro un guardián se detuvo ante la reja. ¿Qué le sucede? Hablar. Formar palabras con sus labios. Mi cabeza... El carcelero desapareció. ¿Por qué? Un martillo golpeaba su cráneo. Empezó a palpase: la ceja izquierda hinchada, su piel adolorida, al tocarse el pelo le enterraban agujas. Miró sus pies. Solamente tenía un zapato, sin agujeta: el pie derecho en calcetín *este era un gato*; asco y compasión de él mismo. Fascinado. Jamás había concebido algo tan cruel: tener solamente un zapato. ¡Y qué dolor en el pie descalzo! Su cabeza atravesada por un clavo, luego dos clavos, que se enterraron y enterraron. ¿Qué hice ayer? Ahora es de noche dentro de una celda. Ahora. Detrás una laguna, y sobre ella la sensación de algo espantoso. Luego la lógica. No puede ser nada extraordinario. Borracho. Un ebrio

cualquiera. Una riña en algún café, o en la calle y después la policía y la cárcel. ¿Pero cómo? El dolor. Había algo más en aquel vacío. Los barrotes negros; los recortaba la luz: era de noche. Su existencia se reducía. Para siempre sucio empujado descalzo y lleno de dolor (si al menos hubiera conservado los zapatos) y tristeza. ¡Dios mío! El retrete llamando la mirada. Pero ¿y los policías por qué se reían?

Tenía frío. Algo había pasado. Densas neblinas con imágenes a medias ¿Quieres que te lo cuente otra vez? Algo o alguien bañado en sangre *Compadre, vengo sangrando, desde los puertos de Cabra*. Una gran laguna de sangre, espesa, roja. ¡Sí recuerdo! ¡Un muerto! Había un muerto ¿o no? Sobre las barras la cara de Nilson Blok. Le dieron ganas de vomitar y se levantó, pero al primer paso todo empezó a girar con rapidez y cayó hacia atrás sobre la plancha de cemento. El frío sacudía su cuerpo. Un policía lo estaba mirando. ¿Por qué gritas tanto? —dijo—. Adán lo miraba sin comprender. Una palabra para empezar a hablar. El hombre lo seguía viendo. *Este era un gato con los... Si yo pudiera, mocito, ese trato se cerraba. Pero ya no soy yo, ni mi casa es ya...* ¡Mi cabeza! *Y los pies de trapo y los pies de trapo y los pies de trapo*. Sangre. En alguna cosa o en un cuerpo. Algo *estaba* sucediendo. Vio otra vez a Nilson. Pero, ¿por qué Nilson Blok? Nulo. Algo que sucedía sin su intervención. Se fue refugiando (de una manera extraña, nueva) en su propio cuerpo. Viajaban en un coche blindado lleno de ecos. A veces aparecía un muerto y luego Nilson. ¿Fue sueño? ¿Estoy borracho? ¿Estoy loco? No sabía. Cerró los ojos apretándolos con fuerza, los mantuvo así unos segundos, los abrió de golpe. Pero continuaba allí: la celda, el ruido de las llaves y el chirriar de la puerta. ¡Levántese! Lo alzaron pasándole las manos por las axilas. El mareo se repitió pero esta vez daba pasos. Su cuerpo iba caminando.

El era un objeto. El *no* era un individuo. Se iban acercando al cuarto de donde partía la luz. Me van a tratar mal porque tengo sólo un zapato. El pasillo giraba. Los policías lo sostenían con fuerza, lo lastimaban.

Primero fue agradable entrar. A unos cuantos metros de la puerta ardían leños en una estufa haciendo amarilla la atmósfera, alegre. Las miradas sobre él. Caminaron hacia el escritorio del Comisario. En el otro extremo había una mesa larga, desnuda, donde tres policías tomaban café en tazas de aluminio. Adán apoyó sus dos manos en el escritorio para no caer. El Comisario abrió un cajón y sacó un pasaporte, una cartera, algunos papeles con numerosos dobles, cigarrillos y fósforos. Son míos —pensó Adán—. Un acto de magia. Entre las cosas que le devolvían estaba la agujeta de su zapato. (Se las quitan a los suicidas... lo leí en alguna parte: a los suicidas.) Ellos hablaban, veía sus bocas abrirse y cerrarse, modular las palabras con rapidez, sin tropiezos. Se referían a él y no le importaba. Debo estar libre. Colocó todo en sus bolsillos. Su traje tenía dos grandes desgarraduras y manchas de lodo. Tomaré un taxi. Volvieron a sujetarlo. Uno abrió la puerta que daba a la calle y desde allí pudo ver un carro de la policía. ¿Pero, por qué? Nadie respondió. ¿Qué he hecho? Miró ansioso al Comisario. ¡Vaya! ¡Fuera! El viento era helado. Las casas negras de noche, las banquetas vacías. No reconoció el *quartier*. Una ciudad imaginaria. De un empujón le hicieron subir los tres escalones del vehículo, cárcel ambulante. Dos policías lo siguieron y se sentaron frente a él. Rompiendo el silencio la máquina empezó a rodar. ¿Qué he hecho? *Monsieur... monsieur*. Mudos. Al doblar la esquina el carro se ladeó y las llantas rechinaron sobre el adoquín. Por el vidrio delantero podía ver las calles que iban atravesando. Un silencio despiadado colgaba sobre la ciudad. Si alguien riera, si alguien cantara. ¿A dónde vamos? ¿Qué he hecho? Por el ojo izquierdo le iba entrando una neblina densa que corría cubriéndole la cabeza como un vendaje. *¿Quieres que te lo... Como el toro nació para el dolor Dejando un rastro de lágrimas Como el toro estoy marcado por un fierro infernal en el costado* en la cabeza. Nilson Blok. Alguien gritó. Cerró los ojos. Ahora viajaba con un cadáver. Le recordó a Martino, su *atelier*, su último cuadro. En la pintura de Martino había dos mujeres cerca del muerto. Dos mujeres sumidas en sus velos y penas, con los ojos secos de lágrimas; más allá de un punto en donde ya no tienen expresión los lamentos. Había también un niño de ojos grandes, desconcertado pero ya sabio por un sufrimiento que había penetrado por sus enormes ojos sin obstáculo, con la facilidad de la inocencia. Eso era el cuadro

de José Martino, pero aquí el muerto seguía sangrando. Viajaban en una carreta que dando tumbos hacía pendular la cabeza del cadáver, como un gracioso reloj humano. Súbitamente la carreta se detuvo. Debo correr ahora, debo huir. Su sangre viajando frenética por todo el cuerpo, golpeando las sienes; su cuerpo dueño de otra voluntad en medio de la ceguera. De pronto el suelo se hundió unos centímetros. En las tinieblas en que se movía su pie chocó con algo sólido, pero antes de que hubiera logrado la estabilidad hubo otra depresión y tras ésta otra más. La luz le lastimaba los ojos. ¡Camine! El frío mojó su pie descalzo. El portero se hizo a un lado para dejarlo pasar cojeando y el olor de su pipa se le metió por la nariz. Los ojos sobre el piso y el piso corre, se desliza por debajo de él hasta borrar las líneas de las piezas que lo forman: un blanco lechoso, leche que resbala por un largo corredor y una sala donde muebles y paredes son blancos. Sentarse en esa silla. Una enfermera va a llamar al médico. Las paredes se alejan y se acercan. Voy a dormirme *un fierro infernal*. Acuéstese allí. Un hombre joven de bata blanca, señala. Lo ayudaron a moverse, a subir. El techo. La lámpara se mece suavemente colgada de un soporte. Voy a dormirme. Otra vez el dolor en la cabeza martillos clavos cada pelo una aguja. Unas manos soltándole el cinturón abriendo sus ropas tirando de ellas hacia arriba y abajo del vientre. Debo de estar enfermo, enfermo de algo. Tibias las manos del doctor, apretando buscando *Dejando un rastro de lágrimas*. ¡No, no allá, aquí! ¡Mi cabeza! Usted no tiene nada en la cabeza ¡Me duele! Las manos ajenas corriendo sobre su piel y ésta temblando. Un termómetro; luego un disco muy frío sobre el pecho. Hay un reloj cada tic tac resuena en la cabeza como campanada. Buscó lentamente; allá arriba de la puerta de entrada. Las cuatro y veinte, pero ¿de qué día? *Monsieur*, ¿qué día es hoy? El médico examinando el termómetro. ¿Padece usted malaria? No. No se mueva. Voltéese. Un tiovivo sin música demuestra que la vejación no tiene límites las gentes se pierden con el movimiento. Gira gira gira. ¿Está Dianella también aquí? Levántate a bailar. ¡Pero cómo! ¿Con el doctor? Un trago. Ella no es Dianella, ella es él porque nunca ha visto a Dianella de blanco. Dio algunos sorbos. El dolor regresó; horrible en toda la cabeza, y en la garganta por donde bajaban las pastillas... el examen —terminó el médico—. ¿Qué? El examen. Páguelo. La enfermera con el recibo; la cartera estaba en la bolsa trasera, porque aquel Comisario Mago se la había devuelto. El-ella-Dianella-médico escribía algo. Terminó y le dio el papel. ¿Qué tengo? ¿De qué estoy enfermo?... ¡Doctor, espere, escuche!... ¿Qué he hecho?



¿Qué vida es ésta? Sin casa, sin objetos heredados, sin perros. ¡Si al menos hubiese recuerdos! Los policías se acercaron. Prisionero de un engranaje que había empezado a girar quién sabe a qué hora tic tac, tic tac, en su cabeza el ruido chocaba en una y otra pared aturdiéndolo. Vamos. Otra vez lo tomaron por los brazos y le arrastraron por el corredor. Una de las puertas laterales se abrió y dos enfermeras salieron empujando una camilla; pasaron junto a él impregnando todo de cloroformo. Bajo la sábana un cuerpo. Había algo. La banqueta helada (yo mutilado) con una delgada capa de hielo. Le dieron un empujón para que entrara al carro y su cabeza golpeó en el filo. Es una

pesadilla. Buscó a tientas el asiento negro rodeado de paredes negras. Oyó el ruido del motor que no quería prender hasta que acabó arrancando de golpe. La claridad volvió a través del vidrio con su desfile de calles desiertas. ¡Es una pesadilla! Cerró los ojos deseando dormir, sintiendo aún el olor del cloroformo. No, no es sueño. Abrió los ojos. Nilson la laguna de sangre el cuadro de Martino. ¿Dónde está el muerto? Los dos policías cuatro ojos dibujados a medias. El muchacho muerto, ¿dónde está? Ahora lo escuchaban con atención. El muerto... había un muerto. ¿En dónde? La cara de Nilson. ¿Sería Nilson? ¿Quién? *¿De modo que aquí vienen las gentes para seguir viviendo? Más bien hubiera pensado que aquí se muere.* Yo no sé. Yo no sé nada. ¿A dónde me llevan? Se miraron entre sí. Esperó la respuesta. Buscó en sus bolsillos y sacó los cigarrillos. El humo hizo una cortina, velando los rostros de los policías. *Este es un gato hombre joven de algún sitio, en quien sube algo que le hace vibrar, aprovéchate de que nadie te conoce.* Sacudió la cabeza rebelándose. No entiendo. Aspiró el cigarrillo. Su cuerpo se reconstruía a través de dolores. El cigarrillo resbaló hasta caer de sus labios y se durmió. El despertar fue brusco. Se habían detenido. Inmóvil por el miedo sintió las manos de los policías sobre sus brazos, se incorporó para evitar que lo obligaran: los tres peldaños y penetró al mismo puesto de policía de donde había salido. Se informó al Comisario que el doctor recomendaba que lo pusieran en un sitio abrigado. Estoy enfermo y tengo miedo. Miró la sala. Atrás del escritorio había un archivero y una cabina telefónica; hacia la izquierda los leños ardiendo en la estufa, y cerca, una reja formaba una celda pequeña aprovechando un ángulo de la misma habitación; dentro de ella había dos estrechas bancas de madera. Frente al escritorio un espacio vacío que servía de paso y luego dos mesas largas con sillas alrededor. Policías sentados hablando y tomando café. Las bicicletas apoyadas en la pared izquierda. ¿Y si esto no acabara nunca? ¿Me dirán ahora? Su miedo crecía, se le trepaba como un animal, atenzándolo. *Monsieur...* —su voz temblaba... ¿por qué estoy aquí? La frente del Comisario tenía la piel marchita y plegada cerca de las cejas canosas, los ojos azules irritados por falta de sueño, la nariz deformada y roja. Méntalo allí —dijo—. ¿Pero qué he hecho? Es inútil, es inútil. Siguió al policía-San Pedro. Por sus dedos pasaban rápidamente las llaves sin examinarlas mucho, conocidas por el tacto. La reja se cerró tras él, la llave dio dos vueltas. Se sentó en la banca y vio un reloj en la pared de enfrente: iban a dar las cinco. El Comisario escribía. Los otros bebían café, riéndose. De cuando en cuando otro policía regresaba de su recorrido y se

unía al grupo, dejaba la bicicleta junto a la pared. ¿Qué he hecho? Señor... Señor. Por la calle alguien pasó silbando y el silbido se hizo dueño de cada hueco de cada sombra de cada oído. Alejándose a lentos pasos el silbido se extinguió. Compré el disco, dijo Issa, para bailar contigo. Se le acercó un zumbido, cayó sobre él. Las abejas asomaban sus cabezas y se metían rápidas. Bzzzbzzzbzzz. Casi siempre quedaban tres o cuatro rezagadas, entonces el hombre gordo movía el panal para que salieran y las espantaba con su sombrero. Adán tenía miedo. Me van a picar. Repartían el panal en varios trozos. La cera se quedaba atorada en los dientes y la miel lastimaba en las caries. Se limpiaba con la lengua para que desapareciera la molestia. De los árboles bajaban los abejorros y zumbaban. Venían por miles uno de cada hoja descendiendo con su vuelo rápido en medio del ruido torpe. El zumbido crecía y crecía. Estaba solo y corrió para alcanzar a su padre. Tomó la vereda habitual pero lo llevó a

un lugar que no conocía. Alrededor de su cabeza revoloteaban los monstruosos insectos hasta que se le posó uno en cada oreja. En una explanada había una niña que nunca antes había visto. Jugaba con un muñeco al que le salían gusanos de la cabeza, lo dormía cantando: *Este era un gato con los pies de trapo y testículos y angustia*. La hermana de Adán apareció por otra vereda (ambos eran pequeños) y le dijo: Es tarada. Se tomaron los dos de la mano y corrieron entre las piedras, un abejorro se le cayó a Adán en la carrera pero el otro seguía aferrado a él, zumbando. A tres metros de distancia el fuego ardía con brillantes reflejos. Era una estufa vieja. Adán se llevó la mano a la oreja para arrancar el abejorro, pero no encontró nada. Encendió un cigarro. Tenía sed. *No estoy todavía familiarizado con este mundo que me parece bueno. ¿Qué haría en otro?* La puerta de la calle se abrió, tres policías: uno la mantuvo abierta para que los otros pasaran con sus bicicletas. La atmósfera se enfrió y el cuerpo de Adán volvió a temblar con la corriente. Al cerrar, el frío desaparece, poco a poco y el calor tenue regresa a su rincón como una caricia. Charla frotándose las manos y diciendo bromas. Dénme un café, me muero de frío. Uno de ellos, el más joven, se acercó a la estufa y aproximó las palmas de sus manos. La luz teñía su rostro de campesino sano, haciendo vivaces sus ojos grises; de pronto esos ojos de campesino vieron a Adán: le miró con curiosidad, como extrañado. Cojeando, Adán se acercó a las rejas. Quedaron a unos cuantos pasos el uno del otro. ¿Quiere usted decirme por qué estoy aquí? Por favor... yo no sé. El policía-campesino le indicó con una seña vaga que esperara, y regresó al grupo. Apretando las rejas Adán los oyó ansioso sin alcanzar a distinguir sus palabras. Vio que le señalaban con el dedo. El joven policía los escuchó y en vez de regresar a informarle se sentó a tomar café. La campana otra vez. Las cinco y media. Tenía sueño. Se acostó en la banca pero al recargar la cabeza sobre la madera le dolió más. Desesperado, se sentó de nuevo y encendió otro cigarro. A ratos su mente parecía despejada. Luego las confusiones, la falta de recuerdos, Nilson Blok y la carreta mortuoria. Borracho borracho borracho. ¿Por qué me llevaron al hospital? ¿Por qué me quitaron las agujetas? Los suicidas. S-u-i-cida. *Monsieur!* —gritó brincando del asiento— ¿Qué he hecho? El Comisario levantó la cara indignado. ¡Cállese o lo ponemos allá de nuevo! ¡Pero dígame qué he hecho! ¡Cállese!

¿Qué he hecho, *qué?* Soñar en París ir a París venir a París vivir en París. Perseguir la historia y los sueños: La Ley La Justicia El Bien El Mal París ¡Oh, París! ¡Oh, hermoso mundo!

